

## ALEJANDRO C. OLIVIERI

por Héctor Goicoechea

### GENIALIDAD, VERSATILIDAD Y GENEROSIDAD

La vida me dio hermosas oportunidades y desafíos, y también gratos momentos como este: repasar vivencias inolvidables al intentar escribir y mostrar de manera resumida, el perfil de una persona excepcional, quien además de ser mi “maestro” en cada paso que di durante mi carrera académica, considero mi amigo. El título elegido para esta semblanza, “Genialidad, versatilidad y generosidad”, creo que describe sintéticamente a Alejandro Olivieri. No conocí de manera tan profunda a otra persona con su capacidad e inteligencia para desenvolverse como “pez en el agua” en el mundo de la investigación en ciencias químicas. Tampoco conocí a un investigador con la capacidad de pasar de un tema a otro, con un dominio absoluto de cada ítem siendo analizado. Y fundamentalmente, conocí muy pocas personas con su generosidad. Siempre dispuesto a compartir sus saberes, a ayudar, poniéndose a la altura de los “normales”, como solemos considerarnos aquellos que tenemos la suerte de trabajar con él.

Sus logros son coherentes con estas capacidades que intento describir. Una cantidad impresionante de artículos científicos de altísimo nivel, libros excelentes y muy escla-



recedores, todos los premios imaginables, un gran número de tesis formados bajo su tutela, una proyección internacional indiscutida que lo convierten en uno de los quimiometristas más citados y destacados en la actualidad. Y puedo seguir...

Entre las hermosas oportunidades y desafíos que me dio la vida, recuerdo el día en que viajé a Rosario, un miércoles de abril de 1997, buscando un director para la tesis doctoral que había decidido realizar, gracias a la ayuda de una beca FO-MEC (Fondo para el Mejoramiento de la Calidad Universitaria). Ya con algunos años más que los que habitualmente tiene un becario, docente universitario y bioquímico, que había entendido que la Universidad requería de docentes altamente formados, me reuní con Alejandro en su laboratorio. Luego de hablar de la vida y de fútbol (Rosario Central

y Unión, nuestras pasiones, además de la quimiometria, por supuesto), empecé a trabajar bajo su guía. A dar aquellos primeros pasos en el mundo de la ciencia en general y el de la quimiometria en especial, que se me abría a partir de ese momento conquistando mis sentires. Esos pasos hubieran sido imposibles de dar en una disciplina tan exigente y demandante sin su ayuda, guía y comprensión.

Pasé cuatro hermosos años en el Departamento de Química Analítica de la Facultad de Ciencias Bioquímicas y Farmacéuticas, Universidad Nacional de Rosario, allá en Suipacha 531, en el edificio de la escalera de mármol muy gastada. Allí aprendí una gran cantidad de cuestiones académicas y de la vida, compartí alegrías por artículos aceptados, cumpleaños, premios, subsidios otorgados, etc., y también alguna que otra inevitable tristeza. Luego regresé a mi Facultad de Bioquímica y Ciencias Biológicas de la Universidad Nacional del Litoral. Volví con una idea central en mi cabeza, la de tratar en la medida de mis posibilidades, de trasladar ese modelo tan eficiente y humano que conocí en Rosario. Ese modelo (no quimiométrico, pero sí de las relaciones humanas) que había sido creado y sostenido por Alejandro y su compañera inseparable, Graciela Escandar.

---

Cada escalón que pude subir en mi carrera, cada ladrillo que pude poner para construir y soste-  
ner un grupo de trabajo tiene algo (un poco o mucho) de todo lo que viví y aprendí en Suipacha 531. Por eso, no puedo mas que agradecer a la vida la suerte que tuve ese día de abril.